

Stefan Zweig





El refugiado europeo

El austriaco **Stefan Zweig** es un escritor esencial en la literatura del siglo xx europeo. Pacifista a ultranza, pensaba que solo una Europa unida triunfaría sobre los totalitarismos. Abatido por la guerra, su exilio en América simbolizó el fracaso de un continente desgarrado por el fanatismo y la irracionalidad.

TEXTO *Mariano Castagneto, periodista y escritor*



—**Destellos.** Dos mujeres marcaron la vida de Stefan Zweig: Friderike Burger (periodista y traductora con la que estuvo casado dos décadas) y Charlotte Altmann (en la fotografía), que colaboró en la transcripción y revisión de sus últimas obras.

LAS CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS Y personales de los escritores moldean sus obras. Ningún artesano de las letras escapa a su entorno ni puede abstraerse de las peculiaridades que rodean su vida. La creatividad de un escritor está siempre vinculada al tipo de relación que establezca con lo que le sucede.

Stefan Zweig nació en 1881 en Viena, entonces capital del imperio austro-húngaro. Miembro de una próspera familia judía asimilada, desde joven se vinculó emocional e intelectualmente a la cultura europea. Había crecido en el ambiente pleno de vitalidad de una Europa cosmopolita. Sin embargo, pronto descubrió que aquella ilusión de progreso, de prosperidad y de bienestar había desaparecido.

Su obra, traducida a más de cincuenta lenguas, constituye un perfecto vaivén entre la alegría y el desencanto. En ella destaca una fe profunda en el poder de las ideas, y también el dolor frente a la violencia que arrasa con toda racionalidad. Cada uno de sus personajes libra una lucha interior entre ceder a los instintos más miserables o trabajar por la unión, la paz y la solidaridad entre hermanos.

Los libros de **Zweig** se vendían como se vende el pan caliente. Implacable observador de la realidad política y social de su tiempo, le preguntaron en una entrevista a qué atribuía semejante éxito: «El inesperado triunfo de mis libros proviene, según creo y en última instancia, de un vicio personal, a saber: que soy un lector impaciente y de mucho temperamento. Me irrita toda facundia, todo lo difuso y vagamente exaltado, lo ambiguo, lo innecesariamente morbosos de una novela, de una biografía, de una exposición intelectual».

En 1901 alcanzó el grado de doctor en Filosofía por la Universidad de Viena, y durante la Primera Guerra Mundial prestó servicio a su país como empleado en la Oficina de Guerra. En ese tiempo cultivó su amor por la poesía, especialmente por **Rainer Maria Rilke**. Trabajó de corresponsal en Suiza y escribió en algunos periódicos húngaros.

De aquella época es *Jeremías*, su primera obra de teatro, un texto profundamente antibelicista, inspirado en fragmentos bíblicos, donde explica cómo, en numerosas ocasiones, los líderes de los pueblos desvían a sus gobernados hacia los caminos del odio, y cómo el ser humano puede

sobreponerse a una derrota terrenal para obtener una victoria espiritual.

HAMBRE DE MUNDO, DE CONOCER, DE SABER. Su preocupación por el futuro de Europa creció a la par que sus canas, cuando el lenguaje de las armas reemplazó cualquier intento de diálogo. **Zweig**, consciente del poder de los medios de comunicación, dedicó sus palabras a muchos poetas, escritores, intelectuales y periodistas que, en lugar de pacificar a las masas y llamarlas a la reflexión, no hacían más que enaltecer odios reprimidos, fomentar un clima de temible violencia: «Habían hecho redoblar el tambor del odio con fuerza, hasta penetrar en el oído de los más imparciales y estremecerles el corazón. Casi todos servían obedientemente a la propaganda de guerra en Alemania, Francia, Italia, Rusia y Bélgica y, por lo tanto, al delirio y el odio colectivos de la guerra, en vez de combatirla».

Después de un matrimonio de casi dos décadas con la periodista **Friderike Burger**, **Zweig** se mudó a Suiza con su segunda esposa, **Lotte Altmann**. Familias enteras se desplazaron entre fronteras buscando refugio ante el ascenso de los totalitarismos: «De entre todas aquellas personas, las más dignas de lástima para mí, como si ya me hubiera asaltado un presentimiento de mi futuro destino, eran las que no tenían patria o, peor aún, las que, en lugar de una patria, tenían dos o tres y no sabían a cuál pertenecían». Al mismo tiempo, **Adolf Hitler** ordenaba quemar sus obras en el fuego de los malditos, de los impuros. La Policía requisó su domicilio vienés. Era el fin. Nunca más volverá a su tierra natal: «Mi patria espiritual, Europa, se ha destruido a sí misma», repitió una y otra vez.

Con la excusa de documentarse para escribir una biografía sobre **María Estuardo**, **Zweig** se trasladó con **Lotte** a Bath, una pequeña ciudad cercana a Bristol. Allí, el cielo eternamente gris, el escaso roce social y la particularidad de la vida inglesa aceleraron la decisión de abandonar Gran Bretaña. Decidió entonces volver, décadas después, a Nueva York.

Al llegar con su esposa, la ciudad no es la misma de principios de siglo, aquella que visitó durante su juventud. La vida allí es difícil. Se encuentra con otros refugiados que, conocedores de la fortuna del escritor, ruegan que les ayude a salir de sus

galopantes miserias. La lejanía de su querida Viena despierta una agazapada pero firme nostalgia en su espíritu batallador: «La medida más segura de toda fuerza es la resistencia que vence».

Mientras tanto, en Alemania, un movimiento de resistencia al régimen nazi conocido como la «Rosa Blanca» paga con la vida de sus miembros su rebeldía frente a la barbarie. Uno de sus líderes, **Hans Scholl**, es un ferviente lector del escritor austriaco, pero le critica por su silencio. **Zweig** cree en las ideas, en las palabras que hilvanan un discurso racional, pero no en el «compromiso» del intelectual que se pone al servicio de una causa política.

«El artista que cree en la justicia nunca puede fascinar a las masas ni darles eslóganes. El intelectual debe permanecer cerca de sus libros. Ninguno ha estado preparado para lo que requiere el liderazgo popular».

Zweig pasó gran parte de su estancia norteamericana preparando sus memorias. Pensó en llamarlas *Europa fue mi vida*, *Los años irrecuperables* o *Nuestra generación*. Finalmente salieron con el título de *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. En aquellos largos días, solo abandonaba su habitación para comer y regresaba para escribir y dormir. Agotado de su aventura estadounidense, quiso volver a Inglaterra, pero ya era tarde: los pasajes aéreos eran casi imposibles de conseguir y el trayecto en barco muy peligroso debido a la tenaz vigilancia de los submarinos alemanes. Él y **Lotte** sopesaron vivir en Cuba o Paraguay, aunque se decantaron por Brasil como próximo destino. Antes de partir, en agosto de 1941, regaló su querida máquina de escribir a su amigo **Joachim Maass**: «Puedes quedártela de regalo. Ya no la necesitaré más».

Zweig sufre, añora. Otra de sus entrañables amistades literarias, **Joseph Roth**, escribió entonces una obra, *La filial del infierno en la tierra*, donde habla de una Europa sumida en las tinieblas del autoritarismo y la irracionalidad. **Roth**, que morirá poco tiempo después en París, alcoholizado y en



—**Exilios.** Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, Zweig se trasladó a París. Poco después vivió en Inglaterra (Bath y Londres) y Nueva York. Su última residencia estuvo en Petrópolis (Brasil), donde falleció.

la miseria, aseguró: «De la misma manera que estoy contra **Hitler**, lo estoy contra **Stalin**. Hay poca diferencia entre el comunismo y el nacionalsocialismo. En el fondo, son tan parecidos, que se les confunde. **Lenin** es, por así decirlo, el abuelo; **Mussolini**, el padre, y **Hitler**, el hijo de un único y mismo sistema. Este sistema es, en el fondo, impío».

Zweig encontró una nueva oportunidad en Brasil, país que le procuró seguridad y cierta tranquilidad lejos de un Viejo Continente que liquida su pasado, siembra su presente de calamidad y asegura un arduo futuro de reconstrucción. En Petrópolis, una ciudad cercana a Río de Janeiro, el matrimonio alquila una hermosa casa en una zona en plena naturaleza y bosques: «Cada día he aprendido a amar más a este país y quisiera no haber tenido que reconstruir mi vida en otro lugar después de que, para mí, el mundo de mi propia lengua se hundiera, así como mi patria espiritual, Europa, que se destruyó a sí misma».

Su último libro publicado en vida lo tituló *Brasil, país del futuro*. En esta obra se mostró agradecido —al igual que enternecido— por una tierra que lo refugió y que le permitió soñar, al menos un tiempo más. Vendió miles de ejemplares y se convirtió en un éxito editorial sin precedentes. Pero, luego, la izquierda política brasileña fustigó al escritor acusándolo de ser complaciente con la dictadura de **Getúlio Vargas**, que dirigió con mano de hierro los destinos del país. **Zweig** sintió que, a su edad, comenzar de nuevo era imposible: «Para empezar todo de nuevo, un hombre de sesenta años necesita poderes especiales, y mi propio poder se ha desgastado después de años sin asiento».

PUNTO FINAL. El matrimonio se suicidó el 22 de febrero de 1942, desesperanzado por completo en la capacidad redentora de las obras del hombre. La poetisa chilena **Gabriela Mistral**, amiga y confidente de **Zweig**, así lo cuenta al escritor argentino **Eduardo Mallea**: «No sabemos todo lo que este hombre padeció desde hace unos siete años, desde que el escritor alemán, fiel a la libertad, pasó a ser bestia de cacería. Su sensibilidad superaba a la mostrada en sus libros. Era una sensibilidad femenina, en el mejor sentido del vocablo; habría que decir inefable. Cuando hablábamos de la guerra, yo seguía en su cara, punto a punto,

su corazón en carne viva e iba midiendo lo que yo podía decir, lo cual no me ha ocurrido con ningún hombre de letras». **Stefan** parece contestar para siempre a su amiga desde sus escritos: «Prefiero terminar mi vida en el momento adecuado, justo, como un hombre para quien su trabajo cultural fue siempre la más pura de sus alegrías, y también su libertad la más preciosa de las posesiones en este mundo».

«Tengo la inquietud de viajar a todas partes, de verlo y disfrutarlo todo».

Amigo del compositor **Richard Strauss**, de **Thomas Mann** y **Sigmund Freud**, al que veneraba y al que dedicó un conmovedor discurso cuando falleció. Admirador de **Dickens** y **Dostoievski**. Encandilado por la prosa de **Jacinto Benavente** y devoto de **Hermann Hesse**, autor de *El lobo estepario*, con quien mantuvo una abundante y fructífera correspondencia durante treinta y cinco años. En una de esas cartas evidenció su cariño a España e invitó a **Hesse** a acompañarle: «Tengo la inquietud de viajar a todas partes, de verlo y disfrutarlo todo, me da miedo la vejez y perder esto. En marzo iré a España, que debe de ser el país más hermoso de Europa, lo intuyo. ¡Venga conmigo, usted sí que será un compañero de viaje! No sé, pero cada vez que pronuncio la palabra España siento como un tirón».

En su relato breve *Mendel, el de los libros*, escrito en 1929, encontramos las reminiscencias de la Europa perdida. Cuenta la historia de un librero ambulante judío —Mendel— que dedica su vida a recomendar lecturas a los clientes de un café vienés, el Gluck. Cada mañana, Mendel se instala allí para disfrutar del desayuno y conversar con los clientes y visitantes, que lo toleran por su erudición. Inesperadamente, el an-

ciano desaparece, acusado de colaborar con los enemigos del imperio austrohúngaro (Francia y Gran Bretaña) y se le envía a un campo de reclusión. Gracias a la pequeña historia de un personaje modesto, **Zweig** plantea el impactante golpe que significó la Gran Guerra para la vida y la cultura vienesa: una completa imagen de la exclusión en la Europa del primer cuarto del siglo xx.

Es aún más claro en sus memorias: «Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración; he visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea».

En *El legado de Europa* escribió interesantes ensayos sobre figuras de la cultura que, a su juicio, engrandecieron al continente y fomentaron los grandes valores europeos: la libertad, el cosmopolitismo, la tolerancia y, sobre todo, la humanidad. Desfilan por sus páginas personajes como **Montaigne**, **Mahler**, **Rilke**, **Roth** y el pacifista y amigo **Romain Rolland**. La herencia literaria de **Stefan Zweig** resulta inmensa. Novelas, biografías, ensayos, obras de teatro, memorias, historia. Hoy, reeditado, su voz es el llamado de la unión frente a la división. De la primacía de las ideas y el diálogo por encima de la violencia y la exclusión. Son letras de una asombrosa actualidad. De una Europa que lo expulsó y de una América que lo acogió. Y de una tenue esperanza de que, al menos, sean otros los que vean la luz al final de la oscuridad: «Dejo saludos para todos mis amigos: quizá ellos vivan para ver el amanecer después de esta larga noche. Yo, más impaciente, me voy antes que ellos». **St**

Zweig en el cine

La primera película basada en una de sus obras, *El ardiente deseo*, se rodó en 1923. Directores como **Ophüls** o **Rossellini** han adaptado novelas de **Zweig**. El último, **Wes Anderson** en la comedia *El Gran Hotel Budapest*, ganadora de tres premios Óscar en 2015. Actrices de la talla de **Ingrid Bergman**, **Faye Dunaway** o **Rebecca Hall** y actores como **Klaus Maria Brandauer**, **Alan Rickman** o **Ralph Fiennes** han interpretado sus personajes.